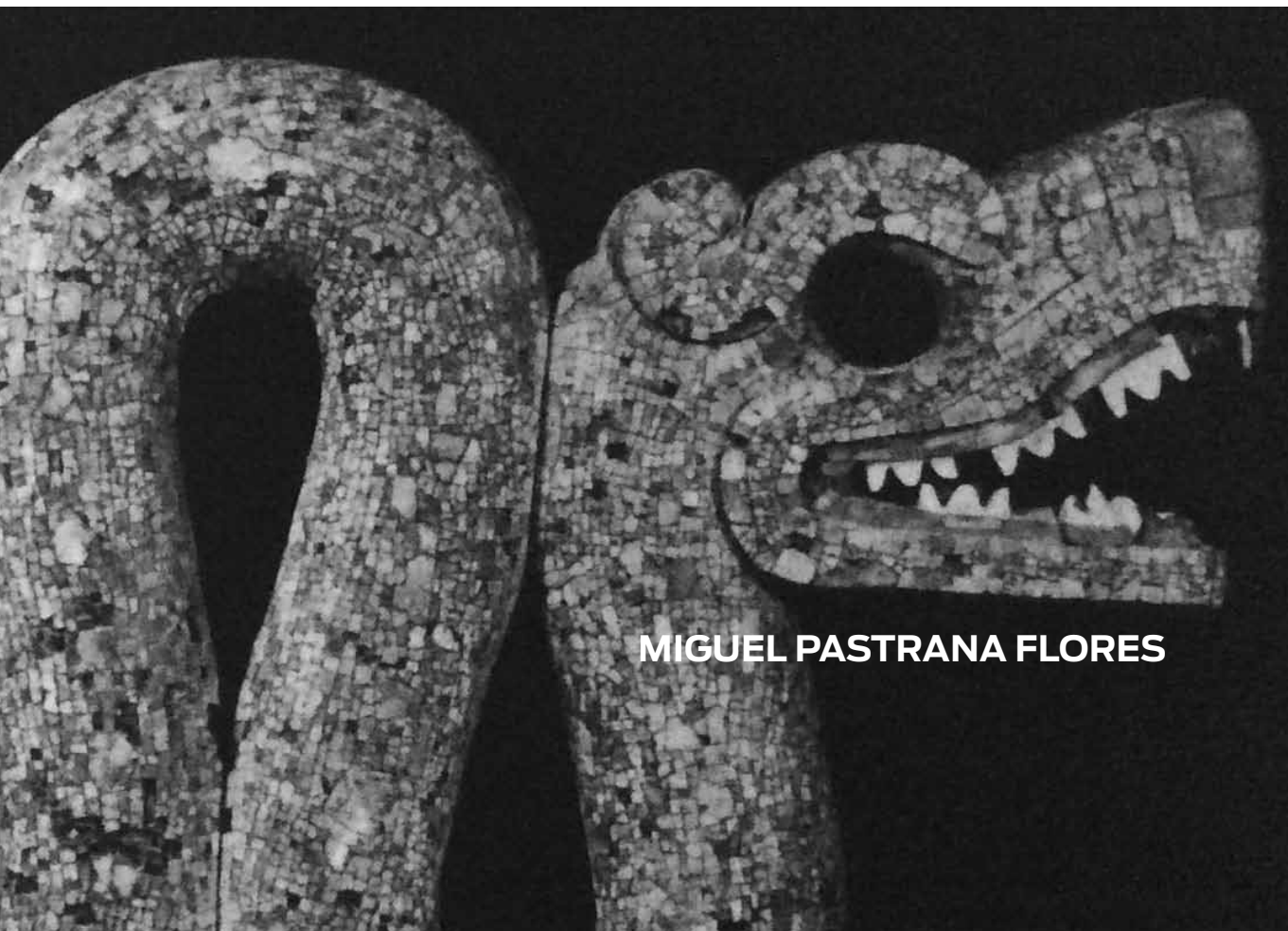


UNA HISTORIOGRAFÍA EN
BUSCA
DE HISTORIADORES

El estudio de la historiografía
de tradición indígena



MIGUEL PASTRANA FLORES

RESUMEN

Este trabajo busca aportar un panorama general de los principales problemas que enfrenta en los medios académicos el reconocimiento y la investigación de la historiografía de tradición indígena como un campo de estudio relevante para la reflexión teórica y metodológica respecto de la historia de la historiografía y, por ende, su importancia tanto para la enseñanza como para la difusión de los estudios historiográficos.

Palabras clave: Historiografía de tradición indígena; Mesoamérica; Historia de la historiografía; Tradición historiográfica occidental, e Historiografía novohispana.

ABSTRACT

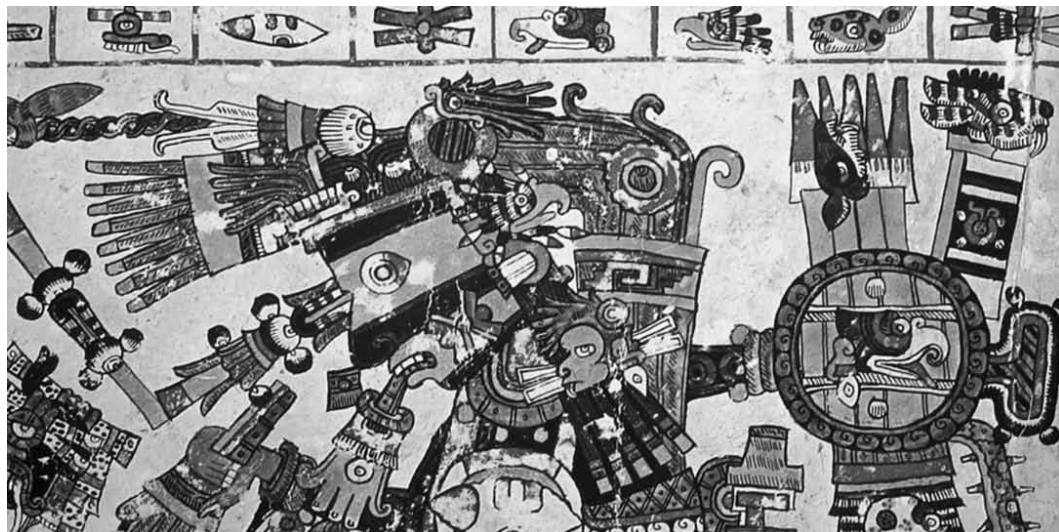
This paper tries to contribute a general perspective of the main setbacks which, acknowledge and research of the Indigenous Tradition Historiography, face in academic media as a field of relevant historiographic study which in search for theoretical and methodological reflection about the history of historiography and hence its relevance both to the teaching and diffusion of historiographic studies.

Key words: Historiography of Indigenous Tradition; Mesoamerica; History of historiography; Western historiographical tradition; Novohispana historiography.

SÍNTESIS CURRICULAR MIGUEL PASTRANA FLORES

Doctor y licenciado en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras e investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Especialista en historiografía de tradición indígena e instituciones religiosas mesoamericanas. Entre sus trabajos publicados se hallan *Historias de la Conquista. Aspectos de la historiografía de tradición náhuatl* (México, UNAM-IIIH, 2009) y *Entre los hombres y los dioses. Acercamiento al sacerdocio de calpulli entre los antiguos nahuas* (México, UNAM-IIIH,

2008). En 2010-2012 se hizo merecedor de la Cátedra Miguel León-Portilla del Instituto de Investigaciones Históricas. Es profesor de Licenciatura en Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, así como también tutor de los programas de posgrado de Historia, Estudios Mesoamericanos y Arquitectura de la misma institución. Actualmente funge como coordinador de la Licenciatura en Historia de la FFYL.



La práctica del análisis historiográfico, así como la investigación y la enseñanza de la historia de la historiografía, tienen en México una ya larga, fructífera y respetable tradición académica. Efectivamente, desde el estudio pionero de Edmundo O’Gorman incluido como prólogo a la *Historia natural y moral de las Indias*, del jesuita José de Acosta, publicada en México en 1941 por el Fondo de Cultura Económica (O’Gorman, 1972), los trabajos y los estudiosos en este importante campo de conocimiento histórico se han sucedido de manera ininterrumpida, al generar aportaciones de gran nivel. Al respecto baste recordar los nombres y los escritos de Ramón Iglesia, Juan Antonio Ortega y Medina, Rosa Camelo y Álvaro Matute, como una breve pero significativa muestra de su calidad e importancia.¹

Así mismo, la enseñanza de la historiografía –tanto la de México como la general o universal–, ha pasado de estar representada por unos escasos cursos, mal vistos por los representantes de la erudición histórica tra-

dicional, a constituirse en uno de los ejes cardinales de no pocos planes y programas de estudio en las diferentes licenciaturas en historia que se imparten en nuestro país.² Hoy en día es claro que la formación profesional de los historiadores exige un amplio conocimiento del desarrollo histórico de la propia disciplina, así como una reflexión constante sobre los cambios que, a lo largo del tiempo, han tenido los fundamentos mismos del oficio de historiar, aspectos que sólo los estudios historiográficos pueden aportar.

Sin embargo, más allá de este panorama aparentemente triunfador, hay temas, temporalidades, autores, obras y culturas que aún esperan su pleno reconocimiento como campo y objeto de estudio historiográfico por parte de los historiadores en general, y por los investigadores de la historiografía en

¹ Véase (Iglesia, 1980); (Ortega y Medina, 1980); (Camelo y Escandón, 2012); (Matute, 1976).

² Véase, por ejemplo, el *Plan de Estudios de la Licenciatura en Historia*, vigente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde el área de historiografía comprende ocho cursos semestrales obligatorios, repartidos en partes iguales entre Historiografía General y de México, ubicados en los dos primeros años de la licenciatura; dicha área tiene el propósito “introducir a los alumnos a los problemas del quehacer historiográfico y dotarlos de las habilidades que les permitan reconocerlos, valorarlos y proceder a una tarea crítica interpretativa de los textos.” *Plan de Estudios...*, v. I, p. 51.



particular. Esto es justamente lo que pasa en México con la historiografía de tradición indígena, entendida como el conjunto de obras historiográficas elaboradas por indígenas, o que tratan de recopilar, comprender y asimilar el punto de vista de los grupos indios respecto de su pasado, tanto en el contexto mesoamericano como virreinal.³ En ese sentido, y de manera general, pueden plantearse nueve problemas principales que en el mundo académico encara el reconocimiento, la investigación, la enseñanza y la difusión de la historiografía de tradición indígena.

En primer lugar, debe mencionarse el notable desconocimiento de la historia y cultura indígena mesoamericana bajo el dominio español, en el ámbito público en general como incluso entre los estudiantes universitarios y los historiadores profesionales. El pasado indígena de México, pese a su enorme extensión temporal, su impronta en el presente y el gran interés que despierta entre las instituciones de investigación internacionales, en nuestro país ocupa un lugar más bien modesto en la enseñanza pública de la historia. Así, por ejemplo, la antigua Mesoamérica prácticamente no existe en los planes y programas de estudio del bachillerato, y se le dedica espacios muy reducidos en la enseñanza secundaria y primaria. El hueco ha sido ocupado por formas muy discutibles de difusión del conocimiento histórico, en ocasiones verdaderas vulgarizaciones y tergiversaciones, como es el caso del programa de televisión *Alienígenas ancestrales*, sólo por mencionar un ejemplo particularmente grotesco. Entre este desconocimiento y falta de interés mezclados con el desdén es difícil promover los estudios históricos e historiográficos sobre la tradición cultural mesoamericana acerca del pasado.

En segundo término, puede mencionarse el desconocimiento generalizado entre

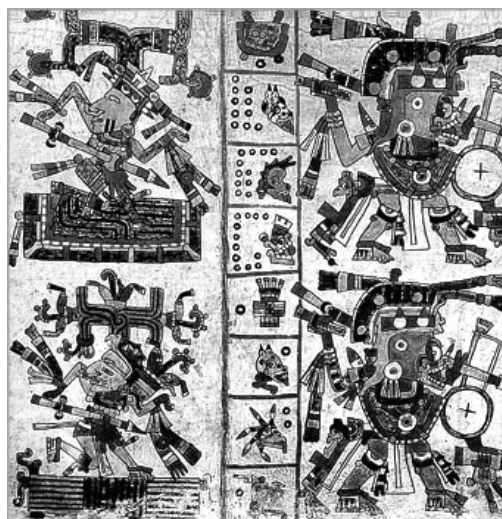
³ Véase (Romero, J. R., 2003); (Pastrana Flores M., 2011).

los historiadores de los sistemas de escritura surgidos en la antigua Mesoamérica y sus continuidades virreinales, así como la falta de reconocimiento como escrituras de sus documentos y, por ende, el que las numerosas inscripciones de origen indígena puedan ser leídas. A pesar de que ya no se discute el carácter escritural de los registros mayas, aún falta mucho para que esto se extienda al resto de los sistemas mesoamericanos, especialmente a las escrituras náhuatl y mixteca.⁴ Al partir de la idea incorrecta de la ausencia de escritura, existen posturas que –desde una lectura parcial y acrítica de los trabajos de Walter Ong (1999)– llegan al extremo de negar la posibilidad misma del pensamiento abstracto entre las culturas indígenas.

En tercer término, incluso entre aquellos estudiosos que admiten la presencia de formas complejas de pensamiento en el mundo indígena, es común que caractericen ese pensamiento como “mítico”, en alguna de sus varias acepciones, ya sea como fantasía, falsa conciencia, ciclo mítico y otras más. Pero en la mayoría de los casos se le concibe como ajeno a la historia y por ello, según muchos, el pensar indígena acerca del pasado debe ser objeto de análisis mitológicos, semióticos, literarios, antropológicos, psicológicos o de algún otro tipo, pero no históricos y mucho menos materia de análisis historiográfico.

En cuarto lugar, y de manera complementaria al no reconocimiento de los sistemas mesoamericanos como escrituras plenas, está el desconocimiento de las lenguas indígenas entre los estudiosos del pasado.

⁴ Una idea común sostiene que los códices eran meros recursos nemotécnicos para recordar la tradición oral, véase (Barba, 1992, p. 246) para quien “estas ‘pinturas’ no eran la relación misma, sino el guion, el esquema para apoyar la tradición oral aprendida por repetición insistente, conservada y añadida a través de las generaciones”. Al mismo tiempo, es notable que Esteve Barba no dude en hablar de “historiografía jeroglífica”. Sobre la escritura náhuatl véase (Aubin, 2002) y (Lacadena, 2008, Primera).



Esto impide un acercamiento directo a los textos y obliga a los interesados a utilizar ediciones y traducciones que no siempre son confiables y que, en el mejor de los casos, implican un acercamiento indirecto al pensamiento de raigambre indígena e impide investigar las categorías propias de los pueblos de tradición mesoamericana acerca del pasado (Romero, 2009). Precisamente, la búsqueda de comprensión y explicación de los conceptos indígenas sobre su propio pasado es una tarea central de la investigación historiográfica, pues como lo dijo José Gaos (1967) en sus *Notas sobre historiografía*, “en ningún sector de la realidad pueden tener éxito teórico ni práctico más conceptos o categorías que los autóctonos de él”. (Muriá, 1973). En este punto, si bien existen ya valiosos acercamientos e interesantes propuestas, faltan más investigadores y espacios de discusión sobre este tema nodal en los estudios historiográficos. (León Portilla, 2003; Flores, M., 2014, enero-junio).

En quinto lugar, pero permeando todos los puntos anteriores, están los prejuicios eurocéntricos respecto del concepto mismo de historiografía. Así, se suele pensar que la historiografía es un fenómeno particular, exclusivo, o casi, de la llamada “tradición



occidental”. Incluso entre aquellos que admiten como posibilidad la existencia de otras tradiciones historiográficas, éstas suelen no incluirse en los trabajos generales ni en los planes de estudios de las universidades. Así, Josefina Vásquez, en su conocida *Historia de la historiografía*, se pregunta sobre la pertinencia de afirmar que con los griegos comienza la conciencia histórica. Pero, “¿estaríamos seguros de ser justos con las culturas no occidentales? Creemos que no. Por tanto, empezaremos con los griegos sólo porque a ellos se remonta el nacimiento de la tradición histórica occidental con caracteres definidos.” (Vásquez, 1978, p. 17)⁵.

En el capítulo “La historiografía latinoamericana”, parte de la obra colectiva *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*, Felipe Soza dedica unas cuantas y apresuradas líneas para mencionar que los pueblos precolombinos tuvieron “conciencia y registros históricos”. Sin embargo, ni los registros ni la conciencia histórica le parecen indicadores suficientes para afirmar la existencia de historiografía, “ya que este concepto responde a un marco cultural y mental europeo”. De esta manera, sólo se puede hablar de un “trasfondo” en el que se desarrolla la primera historiografía latinoamericana (Soza, 2013, p. 344).⁶ Consecuentemente, dicho “trasfondo” no es objeto, ni puede serlo, de estudio o análisis historiográfico. En todo caso, éste es, justamente, uno de los puntos que hay que revisar críticamente; en ese sentido la propuesta

⁵ Charles-Olivier Carbonell, quien es uno de los pocos autores en estudiar otros ámbitos más allá de Europa, sólo dedica dos de los once capítulos de su obra *La historiografía* a las tradiciones historiográficas “no occidentales”: la china, a la que califica de “memoria inmovilizada”, y la árabe, que designa como “fe historiadora” (Carbonell, 1986, págs. 30, 60).

⁶ No es mi pretensión cuestionar la calidad de los trabajos de Vásquez, Carbonell o Soza, por lo demás muy útiles y de gran mérito, sólo los considero representativos de una cierta forma tradicional de ver las cosas que puede, y debe, ser discutida.

de historiografía de tradición indígena es un excelente ejemplo sobre la cual reflexionar, investigar y discutir.

En sexto lugar, como el otro lado de la moneda del eurocentrismo, está la idealización del pasado indígena: el suponer, de manera apriorística, la condición *sui generis* de todo texto antiguo y, en consecuencia, sostener que es irreducible a todo estudio histórico académico. Dicha suposición impide el análisis crítico de las obras y textos referentes al pasado. Suele decirse que son palabras sagradas, y por ende, ajenas a cualquier condicionamiento o uso desde el poder. Así, se concibe que la labor de los estudiosos debe limitarse a transmitir la antigua tradición sin preguntarse sobre sus usos sociales, políticos o rituales ni cuestionar su verosimilitud.

En séptimo lugar están las limitaciones, tanto de la teoría como de la crítica historiográfica, las cuales parten generalmente, de manera implícita, de las obras historiográficas actuales, de los libros académicos producto de la profesionalización de la historia. (Caronell, 1986, p. 8 y Rico, 2009). Esto plantea limitaciones para comprender otro tipo de obras y autores. Por mi parte prefiero suscribir las palabras Johan Huizinga sobre el tema: “Cada cultura crea y tienen necesariamente que crear su propia forma de Historia. El tipo de cultura determina lo que es para ella Historia y cómo ha de ser ésta.” Por ello, afirma el autor de *El otoño de la Edad Media*, “La historia es la forma espiritual en que una cultura da cuenta de su pasado” (Huizinga, 1994, pp. 95, 93). En este sentido considero que los historiadores debemos preguntarnos sobre las formas que tomaron los discursos



acerca del pasado en el mundo indígena, tanto el mesoamericano como el virreinal y, por qué no, también los del México independiente.

En octavo lugar, como derivación lógica del punto anterior, se encuentran las dificultades metodológicas de un análisis historiográfico que, centrado únicamente en el análisis de textos escritos, ha soslayado la importancia de los discursos orales e icónicos o visuales como formas complejas y complementarias de representación del pasado. Esto es particularmente relevante en el caso de los documentos indígenas conocidos como códices, tanto los mesoamericanos como los coloniales, en los cuales confluyen, se yuxtaponen y se complementan los elementos escriturales con los icónicos. En la antigua Mesoamérica, y en buena medida también en el mundo indígena de Nueva España, los textos y las imágenes son partes constitutivas de un mismo discurso acerca del pasado, en ese sentido, actualmente falta afinar e integrar los instrumentos que permitan su análisis como partes complementarias de un todo.

En noveno y último lugar, puede decirse que todo lo anterior lleva con frecuencia a no percibir las diferentes obras y autores como parte de un largo y complejo proceso historiográfico, justamente el de la *historiografía de tradición indígena*. En general se ve a los autores y a las obras de raigambre indígena del siglo XVI casi como salidos de la nada, productos sólo de contextos inmediatos, y no como resultado de largos procesos culturales de registro, resguardo y representación del pasado.⁷ Estos procesos, obras y autores in-

⁷ Todos los puntos mencionados explican, en parte, la in-

dígenas, y su herencia mesoamericana, son fundamentales para entender las peculiaridades tanto de la historiografía novohispana en su conjunto, así como de la apropiación y reinterpretación que hicieron los criollos de la historiografía de tradición indígena para crear su propia imagen del pasado. (Pastrana, 2016). La importancia de la herencia indígena en la historiografía dieciochesca ya ha sido señalada desde los años cuarenta del siglo XX por el historiador cubano Julio Le Riverend, quien, en *Historiadores de México en el siglo XVIII*, afirmaba:

“La historiografía de México en el siglo XVIII no es un fenómeno cultural más o menos espontáneo; tiene, por el contrario, profundas raíces en el pasado, no menos que en el presente. Puede asegurarse que sus antecedentes se pierden en la penumbra de una vieja tradición precortesiana cuya presencia se advierte hasta nuestros días.” (Le Riverend, 1946, p. 1).⁸

En ese sentido hay que señalar que este ensayo está pensado como una invitación a reflexionar sobre el concepto mismo de historiografía y sus caracteres fundamenta-



capacidad de algunos estudiosos para ver a las obras y autores los autores de raigambre indígena del mundo vireinal como parte de una tradición viva, en pleno cambio, y el reducirlos a meros trasuntos de temas europeos.

⁸ Agradezco a Tania Ortiz Galicia el facilitarme esta tesis. Un extracto del primer capítulo de este trabajo se publicó como artículo, véase Le Riverend (Le Riverend Brusone J., julio 1953).

les; también sobre las diferentes tradiciones culturales de resguardo, transmisión y representación del pasado y los supuestos en los que descansa la actividad misma de historiar, como son los sistemas de escritura, los vínculos con los discursos visuales, entre otros; así como pensar sobre las condiciones mismas del análisis historiográfico, como los problemas de edición y traducción de textos, entre otros. Incluso si la hipótesis de la presencia de una fuerte tradición historiográfica

de raigambre indígena –con raíces en los tiempos mesoamericanos, y continuada en la época virreinal– fuera rebatida, la pesquisa emprendida aportaría grandes elementos para comprender mejor el pensamiento indígena mesoamericano y el virreinal. Y si la hipótesis fuera corroborada, sin duda habría enormes perspectivas a la investigación de obras específicas, así como nuevos

planteamientos de orden teórico y metodológico en los estudios historiográficos, tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

Para concluir, no hay nada mejor que citar al historiador hispano Ramón Iglesia, quien al reflexionar sobre la *Crónica de Chac Xulub Chen*, obra del siglo XVI escrita en maya, anotó:

“Mucho es lo que queda por hacer en el campo de la historiografía mexicana. Una de las tareas más arduas será ésta de alumbrar el contenido de las crónicas indígenas, o basadas en testimonios indígenas, con una luz humana de afecto y comprensión...” (Iglesia, 1986, p. 231).

Esperemos que los jóvenes estudiosos de la historiografía mexicana acepten el reto.

BIBLIOGRAFÍA

Aubin, J. M. (2002). *Memorias sobre la pintura didáctica y la escritura figurativa de los antiguos mexicanos*. México: UNAM-IIIH (Serie Cultura Náhuatl. Monografías, 10).

Camelo, R. y Escandón P. (2012). *La creación de una imagen propia. La tradición española*. México: UNAM-IIIH (Historiografía Mexicana, II).

Carbonell, C. O. (1986). *La historiografía*. tr. (A. Garzón) México: FCE (Breviarios, 353).

Esteve, F. (1992). *Historiografía Indiana*. Madrid: Gredos.

Gaos, J. (1967). "Notas sobre historiografía". En J. Gaos, *De antropología e historiografía*. México: Universidad Veracruzana (Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, 40).

Huizinga, J. (1994). "En torno a la definición del concepto de historia." En *El concepto de la historia y otros ensayos*. Tr. W. Roces, México: FCE.

Iglesia, R. (1939). *Crónicas de la Conquista*. (Ed. A. Yáñez). México: UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario, 2).

Iglesia, R. (1980). *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*. México: El Colegio de México.

----- (1986). *El hombre Colón y otros ensayos*. México: FCE.

Lacadena, A. (2008, Primavera). "A nahuatl syllabary". (T. P.-C. Institute, Ed.) In *Special Nahuatl Writing Issue. The PARU Journal*, VIII (4).

Le Riverend, J. J. (1946). *Historiadores de México en el siglo XVIII*. Tesis de Maestría en Historia. México: El Colegio de México.

----- (julio 1953). "Problemas de historiografía". En *Historia Mexicana*, 3 (1), 52-68.

León-Portilla, M. (2003). *Toltecóyotl: aspectos de la cultura náhuatl*. México: FCE (Sección de Obras de Antropología).

Matute, Á. (1976). *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*. México: UNAM-IIIH (Serie de Historia Novohispana, 26).

Muriá, J. (1973). *Sociedad prehispánica y pensamiento europeo*. México: SEP (SepSetentas, 76).

O'Gorman, E. (1972). "La Historia natural y moral de las Indias del P. Joseph de Acosta". En *Cuatro historiadores de indias* (pp. 165-248). México: SEP (SepSetentas, 51).

Ong, W. (1999). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. (A. Scharp, Trad.) México: FCE.

Ortega y Medina, J. A. (1980). *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana: Guillermo de Humboldt, Leopoldo Ranke*. México: UNAM-IIIH.

Pastrana, M. (2011). "Historiografía de tradición indígena". En *Nueva historia general del Estado de México* (Vol. II). El Colegio Mexiquense / Gobierno del Estado de México.

----- (2016). "Del castigo divino a la interculturalidad. Reflexiones sobre los nahuas coloniales del centro de México en la historiografía mexicana". En Ed. A. L. Izquierdo, *Visiones del pasado. Reflexiones para escribir la historia de los pueblos indígenas de América* (págs. 125-129). México: UNAM-IIIH-Centro de Estudios Mayas (Cuadernos, 41).

----- (enero-junio 2014). "La idea de tetzáhuil en la historiografía novohispana. De la tradición náhuatl a la Ilustración. Consideraciones preliminares". En *Estudios de Cultura Náhuatl*, 47, 237-252.

Rico, J. (2009). "Análisis y crítica en la historiografía". En R. Camelo, y M. Pastrana (Edits.), *La experiencia historiográfica. VIII Coloquio de análisis historiográfico* (págs. 199-212). México: UNAM-IIIH (Serie de Teoría e Historia e Historia de la Historiografía, 7).

Romero, J. R. (2003). *Historiografía novohispana de tradición indígena*. México: UNAM-IIIH (Historiografía Mexicana, I).

----- (2009). "La traducción como instrumento del análisis historiográfico". En R. Camelo, y M. Pastrana Flores (Edits.), *La experiencia historiográfica. VIII Coloquio de análisis historiográfico* (pp. 37-45). México: UNAM-IIIH (Serie de Teoría e Historia e Historia de la Historiografía, 7).

Soza, F. (2013). "La historiografía latinoamericana". En J. Aurell, C. Balmaceda, P. Burke, y F. Soza (Edits.), *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*. Madrid: Akal.

Vázquez, J.Z. (1978). *Historia de la historiografía*. México: Ateneo.